

Procesos Globales y Migraciones Latinoamericanas

Jorge Arrate, diciembre de 2006

Encuentro de Latinidades - Convenio Andrés Bello. Bogotá,

"Los economistas de la UP estaban vinculados a la Cepal" - "Por importante que sea el esfuerzo y protagonismo de nuevos agrupamientos sociales, por debilitados que estén los Estados nacionales comparativamente con su propio pasado, la fuerza del Estado, y con ellos la de la política, es necesaria si se aspira a ampliar derechos y a abrir en la cultura senderos que no estén controlados exclusivamente por las transnacionales ni enteramente contaminados por la antipatía a la diferencia que caracteriza al proceso globalizador".



Agradezco muy sinceramente la invitación del Convenio Andrés Bello a participar en esta reflexión colectiva. Mi mirada es la de alguien que desde muy joven sintió una fuerte vocación por la política, que terminó, para bien o para mal, imponiéndose a mis otras inclinaciones. Desde allí intervengo y esta definición me ahorra tener que dar una larga explicación sobre mis limitaciones que, a partir de ella, serán para Uds. más o menos evidentes.

Miro el mundo actual con los ojos de una generación que al hacerlo no puede evitar la ironía, consigo misma, en primer lugar: los trabajadores deben competir para que les sea extraída la plusvalía, como dadores de sangre adictos al pinchazo de la jeringa; muchos gobiernos se disputan el privilegio de que sus países sean vaciados de riquezas básicas; los partidos progresistas se postulan ---nos postulamos, debo decir--- como buenos administradores capaces de aprovechar las virtudes, las reales y las falsas, del libre mercado. El poder y brillo estelar de los Estados nacionales se ha desgastado; son más débiles ahora, se han desdibujado y abandonado áreas completas del quehacer social, en varios sentidos están desterritorializados, de varios modos invadidos sin consulta previa. El cambio ha sido universal y mayúsculo, hasta el punto de generar en algunos la idea que el mundo calzó sus cuentas y consiguió un equilibrio estable ---para usar el lenguaje de los economistas neoclásicos---, un equilibrio destinado a controlar sus propias turbulencias sin nunca más dislocarse.

El derrumbe del Muro de Berlín en 1989 marcó el término efectivo de un siglo, la

caída de telón de una época. Aunque nadie previó los hechos tal como ocurrieron, la crisis de los "socialismos reales" no era impredecible ni fue totalmente sorpresiva. Desde Rosa Luxemburgo en adelante el cuestionamiento al modelo "oriental" de "partido-estado", con propiedad pública de los medios de producción y planificación centralizada, emergió en puntos y momentos diversos, si bien nunca con la fuerza suficiente como para desmontarlo.

El derrumbe llegó al empuje de la multiplicada y salvaje energía del mercado en la vida de las sociedades modernas. El ciudadano que consumía fue suplantado por el consumidor que sufraga cada vez menos o con menos convicción, la solidaridad como ideal fue desplazada por el individualismo como palanca del progreso individual. El mercado alcanzaba, por fin, la extensión universal que parecía merecer por su actuar supuestamente eficiente y su virtud maximizadora y lograba darle amplitud planetaria a la democracia liberal como sistema estable y generalizado de gobierno. El viejo y perseverante mercado finalmente culminaba con éxito su búsqueda de un sistema político que pudiera permitirle desplegar la total magnitud de sus abarcadoras alas.

Mercado y democracia son hoy casi universales, son parte de la cultura contemporánea y a su vez contribuyen a moldearla. En otras palabras, son mucho más que meros instrumentos técnicos destinados a asignar factores productivos y bienes y servicios y a adjudicar recursos políticos entre las diversas opciones.

Vale la pena preguntarse, entonces, cómo dialogan el mercado no regulado, mal regulado o desregulado y la democracia liberal, plena, si la hay, o incompleta. ¿Acaso calzan como partes de bordes lijados y suaves de un rompecabezas infantil de pocas piezas, como los neo liberales más ortodoxos quisieran, o, por el contrario, presentan discordancias, asperezas, roces, que sólo un permanente ejercicio ciudadano de toma de opciones puede intentar conciliar?

La respuesta me parece clara: no, no son naturalmente complementarios. Desde mi mirada el argumento primario es que sus fundamentos básicos discrepan. El mercado sin regulación explora, registra, valora y monetiza las diferencias económicas, categoría final a la que traduce las de raza, sexo, posición social u otras. Opera con las dotaciones dadas de recursos de cada sujeto individual o grupo, no se cuestiona su proveniencia y menos aún se propone alterarlas en un sentido determinado. La democracia, por su parte, reprueba las diferencias no naturales y, en uno de sus momentos culminantes, el del voto, considera a todos como iguales, lo que ciertamente es un supuesto literario, una fantasía, ya que no hay iguales absolutos en el género humano, al menos mientras la clonación no alcance un estado diabólico de perfeccionamiento. Esta ficción, sin embargo, constituye una de las grandes conquistas de los últimos siglos y es la base del concepto de derechos humanos. Parece paradójico que mientras el mercado, tasador incansable de diferencias económicas, tiende a uniformarnos en el proceso globalizador, la democracia permite proteger nuestra diversidad y con ello abre espacios a los subordinados, a las minorías, a los "diferentes".

Si bien mercado libre y democracia ofrecen al sujeto una virtual libertad de elegir --que no se realiza precisamente cuando el mercado real, no el teórico, la interviene--- lo predominante es que nuestro universo cotidiano esté atravesado por la contradicción entre estas dos instituciones. La contradicción entre la razón mercantil, que nos reconoce distintos, como sujetos de su fundamento económico, y trabaja para hacer efectivas esas diferencias con implacable eficacia, y la razón

democrática que, voluntariosa, nos reconoce iguales. Ambas razones, ambas éticas, conviven en nuestra cultura.

Intento mirar el tema de las grandes migraciones con el ánimo de registrar cómo pudieran los instrumentos de la democracia contribuir a una política eficaz para resistir, influir o acordar con el mercado.

El mercado milenario adquirió en la segunda mitad del siglo XX una potencia inusitada y sin control que ha tendido a subordinar a la democracia. Su fuerza invasora tiende a desvirtuar la transparencia de los procesos electorales nacionales; promueve la vinculación entre negocios privados y política, corrupción y lobismo mediante; genera el manejo concentrado de los medios de comunicación por grandes conglomerados económicos y/o con fuerte intencionalidad ideológica o política.

Estados debilitados, política mercantilizada. Y más pequeña, con menos espacio, atractivo y dignidad. Si históricamente ha sido una actividad sospechosa por su proximidad con los centros estatales de poder, ahora lo es mucho más porque a veces agrega un aire de irrelevancia a la carencia de decoro y a la sospecha de falsa nobleza.

Sin embargo, fuera de los procesos globalizadores es prácticamente imposible existir como Estado. Por eso intervenir en la relación entre mercado y democracia requiere conocer y reconocer el mundo tal cual y analizar la realidad de los desarrollos homogeneizadores en curso que, como contrapartida, generan fraccionamientos y jerarquizan de otro modo desigualdades y diferencias. Es preciso habitar cada uno de sus espacios. La política también.

Uno de los efectos más decisivos de la expansión universal del mercado es la nueva relación entre capital y trabajo. Durante el siglo XX se establecieron mecanismos destinados a compensar su desequilibrio congénito. Nacieron normas internacionales cuyo objetivo fue dotar al trabajo organizado de una fuerza adicional que le permitiera negociar con los empleadores en un marco de poderes ojalá equivalentes.

Los cambios tecnológicos y la apertura económica dotaron al capital de una volatilidad desconocida, imposible de igualar por el trabajo. Al mismo tiempo las tendencias económicas desreguladoras le otorgaron nuevas libertades. El viejo desequilibrio, que la legislación social había paliado, en muchos casos eficazmente, ha sido sustituido por otro, por una nueva desigualdad.

El trabajo busca entonces su mayor movilidad. Ante el capital volátil y flexible, intenta también desplazarse tras mejores posiciones. El avance de las comunicaciones permite hoy que muchas radiografías médicas realizadas en el primer mundo sean leídas y diagnosticadas en la India, con costos muchos menores y a un mismo buen nivel profesional. El capital viaja a las zonas de maquila para aprovechar el trabajo más barato sin la incomodidad de que golpee sus puertas. Y así sucesivamente. Pero, en la mayoría de las áreas, la fuerza de trabajo sigue encarnada en los cuerpos y no expresa su virtud creadora sin su cuerpo correspondiente.

La globalización es acompañada de un proceso de movimiento de masas de población de uno a otro territorio, de dimensión nunca antes registrada. Al

hacerlo, los migrantes generalmente deben entrar en pugna con las autoridades del lugar de destino, deben vencer trabas, barreras naturales y burocráticas, culturales, nuevos muros, más muros cada día, simbólicos o reales. Cuando los atraviesan, la nueva desigualdad opera en un doble sentido: uno, el desequilibrio entre capital y trabajo propio de las nuevas circunstancias universales, dos, la diferenciación entre los trabajadores nacionales y los migrantes. Si se es ilegal, la desigualdad es triple.

En la primera década de este siglo más de 175 millones de personas son migrantes. El motor principal, aunque no el único, que le da fuerza a este proceso que no se interrumpe son las desigualdades en los grados de desarrollo, y por tanto en oportunidades de empleo y niveles de ingreso, entre los países del llamado Primer Mundo y el resto.

Una de las grandes paradojas de la globalización contemporánea es la creciente imposición de barreras para la movilidad de las personas. Por una parte, el mundo está más unificado y los flujos financieros y de comercio se liberan cada vez más; pero, por la otra, la movilidad de las personas se rigidiza.

Examino reflexivamente la propuesta de “un mundo sin fronteras”, que algunos postulan, y que parece atraer ya sea apoyo neoliberal como simpatías de izquierda, por distintos motivos. Y pienso que, jugando un cierto juego al que es aficionado el pensamiento de corte economicista, uno podría, irónicamente, sostener que la intervención más flagrante en el funcionamiento de los mercados libres son las barreras fronterizas y las policías de inmigración... Sólo quizá el proteccionismo agrícola de Europa y Estados Unidos podría equipararse, aunque con menos consecuencias humanas directas, a esta “intervención del Estado”, a este “estatismo” que “perturba” el funcionamiento de una economía mundial que enarbola la libertad económica como su insignia.

Con todo, la emigración al Primer Mundo no ha podido ser controlada por las políticas fronterizas, aún las más severas. El mercado opera con su vigor habitual y astutamente: produce un flujo de migrantes ilegales, los más débiles, los menos protegidos, los que venden más barato su fuerza de trabajo y generan más ganancia.

En el siglo XIX y comienzos del XX América Latina y el Caribe fueron por un tiempo largo una región que atraía migrantes. Como sabemos, en la segunda mitad del siglo XX se convirtieron en un territorio que produce migrantes. Destierro, genocidio o migración ha sido el descarnado mensaje que han recibido vastos contingentes de latinoamericanos.

Los desplazamientos de personas dentro de la misma región tienen sus raíces en la historia económica y social de América Latina y el Caribe. Pero en la década de 1970 hubo un considerable aumento de la migración intralatinoamericana. Más allá de factores ligados a la estructura económica, las alteraciones sociopolíticas hicieron que el número de migrantes aumentara significativamente en un proceso que hoy, promovido ahora por razones variadas, sigue operando.

También a partir del establecimiento de dictaduras militares en el cono sur en los años setenta, se produjo un flujo significativo de migrantes hacia Europa. Los avatares económicos, en particular de la “década perdida” de los ochenta, y fenómenos como el desgaste uruguayo y el descalabro argentino entre 2001 y

2003, sumaron fuertes contingentes a este flujo. Recuerdo que en Buenos Aires las filas en los consulados europeos eran interminables. El de Italia arrendó un teatro y estableció una tómbola para evitarlas. Empresas de gestión de la nacionalidad instalaron propaganda callejera. En una reciente edición de un periódico bonaerense leo: "Los argentinos pisan fuerte en Barcelona". Efectivamente, alcanzan ya el 1% de la población, son 60.000. Sin embargo, ha sido la migración desde países andinos, como Perú, Ecuador, Colombia, la que ha acercado al millón de personas, legales e ilegales, el número estimado de latinoamericanos en España.

Nada comparable, en todo caso, con la emigración latinoamericana y caribeña hacia Estados Unidos. En 2003 se estimaba en cerca de 33.5 millones de habitantes los extranjeros residentes en Estados Unidos. De ellos un 53% eran latinoamericanos y caribeños. Los mexicanos y centroamericanos representaban más de dos tercios de los latinoamericanos y más de un tercio del total de extranjeros. En ese país, según el censo estadounidense de 2000, la población que se identificaba como "latina" o "hispana" ascendía a 35.3 millones de personas, la primera minoría del país.

La migración latinoamericana y caribeña, legal e ilegal, otorga una excepcional flexibilidad al mercado laboral estadounidense. El fenómeno corresponde a la búsqueda de mejores opciones e ingresos por trabajadores mayoritariamente jóvenes y, por otra parte, a las necesidades de mano de obra que resultan de la evolución demográfica y económica de los Estados Unidos.

¿Quién gana con este flujo migratorio? ¿Se beneficia el país de origen? Como línea de principio, diría que la libertad de movimiento de acuerdo a una decisión libre debe ser salvaguardada como un derecho. También diría que buena parte de la emigración latinoamericana está marcada por el signo de la fuerza: los factores de expulsión han sido decisivos y el proceso migratorio no puede sino considerarse como forzado. Idealmente, la primera cuestión a considerar es que los países de origen debieran orientar sus políticas a construir sociedades más justas donde existan mínimos económicos y sociales que garanticen una existencia digna a todos sus habitantes. La brecha entre ricos y pobres, planetaria e interna, ha sido, sin embargo, la marca de esta época de impresionante expansión del mercado. En ese marco, ¿quién se beneficia?

Uno de los efectos más vistosos de la emigración es el de las remesas. Se observa un flujo creciente de envíos de dinero procedentes de los países de inserción, cuyo monto es significativo para las economías y las comunidades de origen. Recientemente el Banco Interamericano de Desarrollo ha hecho públicos los resultados de un estudio que anuncia un aumento de las remesas para este año 2006: 45.000 millones de dólares fluirán hacia América Latina desde diversas partes del globo, en especial desde Estados Unidos. Se estima que las remesas que envían los mexicanos representan la segunda o tercera fuente de ingreso nacional después del petróleo, superando las exportaciones de la industria maquiladora y los ingresos por turismo. En el caso de países como Haití, El Salvador y Guatemala representan un porcentaje significativo del producto nacional. Pero esta fuente de divisas está dispersa en millones de unidades pequeñas, lo que hace difícil evaluar todos sus impactos efectivos.

El hecho es que los países de origen se desprenden de una población que económicamente pudiera motejarse de "superflua" y, por otra parte, vía remesas,

logran aplicar a la pobreza y a las desigualdades una inyección de recursos que cumple, a lo menos, un rol asistencial importante. No soy un especialista en el tema y, por tanto, declaro por anticipado la ingenuidad de mi pregunta: ¿legitiman las remesas el proceso migratorio, ética y políticamente? ¿Liberan a los gobiernos nacionales de la obligación de preservar su dotación humana y de crear las condiciones para darle cabida y garantizar su desarrollo? ¿Cómo ven los propios migrantes y sus comunidades esta situación? ¿Y los receptores? ¿Cuáles son sus opiniones y sus sentidos?

La migración conlleva, por otra parte, el éxodo de profesionales y técnicos. En torno a este fenómeno hay opiniones no siempre coincidentes. Sus repercusiones negativas son la agudización de las brechas económicas y el empeoramiento de la distribución del ingreso. ¿Cuál es la magnitud de estos impactos? Hay quienes contraponen al llamado “brain drain” lo que denominan el “brain gain”, que se materializa con el retorno de nacionales que han alcanzado durante su migración niveles más altos de calificación. ¿Es éste un fenómeno de qué magnitud y en qué sectores significativos? En mi país muchos de nuestros futbolistas viejos ---en su condición de atletas--- vuelven desde Europa o desde México o Argentina a jugar sus últimas partidas por la camiseta original, la de sus amores, y eso revive en todos nosotros gratas memorias y fortalece la idea, muy conservadora, que no hay nada para vivir como el lugar donde se nació... Don Francisco volvió, más bien siempre, desde que partió a Miami, estuvo allí y entre nosotros, en Chile, en vivo mediante sus viajes o a través de la televisión. No estoy seguro que sea un mejor animador después de su experiencia, pero ¿cuántos son los “Don Franciscos” de las distintas áreas? ¿Operan redes que reemplacen el retorno físico, a lo menos parcialmente, basadas en los avances comunicacionales? y ¿cuál es su entidad? ¿Funcionan programas destinados a promover el retorno? La experiencia chilena con los exiliados tiene un cierto interés. No es el momento para examinarla, pero las lecciones que deja son complejas.

Mientras tanto, también se registran indudables repercusiones en las esferas social, política y cultural, derivadas de las relaciones entre las comunidades de migrantes y sus ámbitos de origen. La globalización vista desde arriba se aprecia como una transnacionalización creciente de los capitales y de los medios de comunicación y como la penetración cultural y política a través de fuerzas internacionales. Mirando desde “la base”, en cambio, es posible examinar cómo diversas entidades y agrupamientos, y los individuos, impulsan prácticas que traspasan fronteras y que implican influencias en las redes de poder, económicas y culturales, del país o de las localidades de origen. Por otra parte, el país de destino siente, cuando los fenómenos son masivos, como los que nos preocupan, la influencia del migrante y su cultura.

Desde la política es habitual analizar la migración como un fenómeno asociado a la globalización y como efecto de los procesos de integración económica o de determinados hechos políticos. Es común pensarla a través de un modelo cuyas variables son fuerzas que expulsan, veredas que se transitan, redes que crecen y se acumulan, juego de ventajas comparativas, integración de mercados laborales. Digo, cuando la política se preocupa por la migración. En algunos países latinoamericanos es un hecho macroscópico, inescapable, no se puede ser como la avestruz y esconder la cabeza, o no se puede ocultar el fenómeno tras una mirada conservadora, envanecida por un orgullo nacionalista injustificado. En otros, lo que ha caracterizado las políticas es la ausencia de una política, reveladora de la relativa invisibilidad de la cuestión o de un dejar hacer manifiesto. Podríamos

decir que la política es no tener política.

En mi país, Chile, isla del sur, no ha sido un gran tema. Casi siempre los extranjeros han representado entre el 1 y 2% de la población y el número de los emigrantes, cuando ha sido significativo, como la migración histórica a Argentina en la zona sur, nunca se midió en su real magnitud, en parte por su vaivén, o como el destierro de los partidarios de Allende a partir de 1973, porque su número se convirtió en vergüenza de la que era mejor no hablar. Chile tiene sólo 15 millones de habitantes. Y vivimos lejos. Me disculpo, en consecuencia, por referirme a una realidad que, en las materias que nos ocupan, es de magnitud menor. No abusaré.

A partir del 2000, por primera vez, el gobierno chileno dio curso a una preocupación por los nacionales residentes en el exterior que, hasta entonces, equivocadamente, tendían a confundirse con el fenómeno del exilio. Un registro, aunque no propiamente un censo, revelador de una nueva y positiva preocupación de las autoridades, ha permitido estimar el número de emigrantes chilenos en cerca de 750.000, repartidos en muchos países, si bien concentrados en Argentina, Estados Unidos, Suecia, Canadá y Australia. Es decir, un 5% de la población. Es una cifra que amerita una consideración mayor que la que se le otorga.

En muchos casos, una primera cuestión es colocar los temas migratorios en la agenda política principal, donde aún no están, o, si lo están, definirlos en su magnitud y características con mayor precisión. Pienso que una de las formas más eficaces de hacerlo es no recluirse en el análisis económico habitual y en cambio observar al migrante desde el ángulo sociocultural. Hace unos años, cuando en la tímida transición chilena el tema de los exiliados no era aún bien recibido, un programa de televisión de nombre "Los pateperros" permitió acercar las historias de muchos migrantes, políticos o no, a millones de chilenos. Creo que fue una contribución a abrir camino a las nuevas políticas que, aún insuficientes, han comenzado hace un lustro.

La migración es, por definición, un tema internacional, una cuestión que involucra a lo menos a dos Estados, en el mundo actual a muchos, a prácticamente todos. En ese plano resulta obvio que la cooperación y acuerdos entre gobiernos, bilaterales o multilaterales, para establecer una gestión concordada en materias migratorias es un objetivo prioritario desde la perspectiva política. Tanto a nivel mundial, en el marco de Naciones Unidas, como de las instancias regionales americanas y europeas, se requiere más energía para establecer con claridad las líneas de acción y definir las sobre la base de los principios de igualdad, solidaridad y no discriminación y de una versión comprensiva de los derechos humanos que abarque los derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales.

El reconocimiento de derechos es una materia que dice relación tanto con el gran flujo migratorio a los Estados Unidos, que es la preocupación central de este encuentro, como también con los flujos migratorios intralatinoamericanos. La demanda por derechos estables y respetados tendrá menos eficacia si es invocada por Estados que no practican lo que requieren en sus propios territorios.

En este plano cobran particular sentido e importancia los convenios internacionales de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y los convenios bilaterales de seguridad social, que permiten al trabajador emigrado salvaguardar sus beneficios previsionales.

Otros tipos de acuerdos, que pudieran ser explorados y utilizados más intensamente, son los que involucran a ciudades, municipios, localidades de los Estados de origen y destino. En esta esfera los migrantes son y pueden ser un activador de gran importancia y utilizar este mecanismo para establecer relaciones económicas y especialmente culturales entre la localidad de proveniencia y la de residencia.

La realidad de la emigración demanda también cambios constitucionales en materia de nacionalidad. En el marco de sus nuevas políticas, el gobierno chileno ha logrado la aprobación de normas que establecen el jus sanguinis como principio y permiten la restitución de la nacionalidad a cientos de miles de chilenos que viven en el exterior.

No ha tenido igual suerte con el derecho a sufragio de los migrantes, que encuentra oposición en las fuerzas conservadoras, tanto por criterios nacionalistas como por dictados del cálculo político. En la mayoría de los países latinoamericanos el número de emigrantes es suficientemente importante ---en algunos muy importante--- como para ignorar esta materia que ha dado lugar a intensos debates.

Al cruzar las fronteras el emigrante internacional se metamorfosea de ciudadano de su país a “ciudadano parcial” de otro o a “no ciudadano”. El hecho migratorio hace expreso el funcionamiento de la ciudadanía como mecanismo que excluye y que por otra parte incluye. Caben entonces dos preguntas que han sido respondidas en la realidad americana de modo distinto: ¿Qué derechos políticos se otorgan a los extranjeros que viven dentro del territorio nacional? y ¿de qué derechos dispondrán los nacionales que viven fuera del territorio nacional?

Reconocer a los nacionales que residen fuera el derecho a sufragio es un acto del Estado con el que quiere significar su interés y disposición a mantener viva una relación, como, viceversa, el reconocer derechos políticos al extranjero es una señal de acogida, de voluntad integradora.

Ahora bien, el ejercicio de estos derechos, si se tienen, es una cuestión sociopolítica y una decisión fuertemente cultural. En los casos de latinoamericanos emigrados, ¿cómo ejercen estos derechos cuando existen? ¿Por qué? ¿Qué significa hacerlo, como signo de pertenencia a la comunidad nacional de la que proviene o a la comunidad cultural con que se identifica?

8.

Pero las políticas públicas sobre migración requieren una perspectiva integral, de corto, mediano y largo plazo, que signifique reconocer todas sus facetas.

La migración latinoamericana y caribeña a los Estados Unidos ha corrido las fronteras hacia el norte. Las dimensiones de este hecho no se agotan, como ya lo he señalado, en las interacciones económicas, generan por supuesto modificaciones en los imaginarios, cambios simbólicos que afectan a las comunidades migrantes, a los territorios de migración y también a los territorios de origen. En países de gran emigración, como México, operan incluso mecanismos destinados, no sé si bien o no, ignoro si importantes o no, a promover la interacción cultural. En países más pequeños esos impactos son en general desconocidos, poco estudiados. No cabe duda que el paladar chileno nunca será lo

que era en la medida que se consolida y profundiza la migración de peruanos que proponen y establecen su singular gastronomía, incluso al interior de los hogares de clase alta y media, donde muchas mujeres migradas prestan servicios domésticos. Para seguir con la misma línea, tengo la curiosidad por saber si el sándwich chileno llamado “Chacarero”, que suscita creciente atención en Boston --un candidato a “hamburger”, según un fanático estadounidense---, continua siendo, ahora ascendido desde un carro callejero a un local consolidado frente al Filene’s original, lo que un chileno de Chile reconocería como auténtico Chacarero. Miro en la red chacarero.com y me entero que su emprendedor propietario sueña con una cadena de locales y con invadir otros estados más allá de Massachussets. Un logro, para un país pequeño y tan lejos de los Estados Unidos ---aunque no por ello más cerca de Dios--- y con una cocina que no llama demasiado la atención.

Es en el universo de la cultura donde la globalización presenta inéditos desafíos a la imaginación y a la investigación de los latinoamericanos, en la medida que la circulación de los bienes culturales se ha expandido de modo exponencial a través de los inmigrantes y de los medios electrónicos audiovisuales. Por supuesto, no es algo completamente nuevo si uno piensa, por ejemplo, en el tango, esa extraordinaria creación ciudadana que nació de varias fusiones, viajó a Europa a comienzos del siglo XX, a Francia particularmente, y dicen que volvió influenciado, como baile, por los estilos europeos de salón hasta constituir aquel que hizo furor hace más de medio siglo y que en los últimos años renace una vez más no sólo en Buenos Aires. Claro, la intensidad, la velocidad de los intercambios es hoy muy distinta. Me pregunto qué dimensión habría tenido Gardel si hubiese vivido en la época de la televisión, de Internet y de la actual industria discográfica. Seguro habría ganado más de un Grammy latino y Miami le habría otorgado merecido tributo.

La diferencia que conlleva el imaginario inmigrante puede ser, tarde o temprano, asimilada al sistema global y homogeneizada. Los de afuera ya no son los de adentro. Pero, por su parte, los de adentro ya no son los que eran cuando salieron los de afuera. A la multiculturalidad de las sociedades latinoamericanas se suman ahora los de afuera, con una fuerza económica y un poder cultural propios. Sus distintas especies son nuevas identidades latinas.

¿Cómo los instrumentos democráticos del Estado pueden hacer que la relación entre la América Latina de los viejos territorios y la de los recién conquistados, o que nos conquistan, dialogue productivamente?

Por importante que sea el esfuerzo y protagonismo de nuevos agrupamientos sociales, por debilitados que estén los Estados nacionales comparativamente con su propio pasado, la fuerza del Estado, y con ellos la de la política, es necesaria si se aspira a ampliar derechos y a abrir en la cultura senderos que no estén controlados exclusivamente por las transnacionales ni enteramente contaminados por la antipatía a la diferencia que caracteriza al proceso globalizador.

Nacionales del país en que nacieron, a lo mejor ciudadanos del que dejaron, trabajadores de aquel al que llegaron, los migrantes son, last but not least, portadores y receptores de eso que, de modo a veces vago, a veces muy amplio, llamamos cultura.

Como tal pueden ser parte de redes, científicas, académicas, temáticas, políticas, que los vinculen a su lugar de origen. ¿Cuántas existen? ¿Cómo incentivarlas? El

sitio más importante sobre Salvador Allende en la red fue creado y opera desde el Ducado de Luxemburgo... Lo cito como ejemplo de una presencia permanente de un ya antiguo exiliado que se sigue sintiendo parte de Chile y América Latina. Y allendista.

El ámbito constituido por esta suerte de América Latina ampliada, es particularmente apto para la generación y circulación de bienes culturales. Así lo han entendido las grandes corporaciones que las controlan. ¿Cómo hacer para abrir allí espacios para criterios igualitarios, equitativos, democráticos, para proyectos minoritarios, diferentes o no necesariamente contaminados por la pura idea del lucro? Parece difícil si no se eleva sustancialmente el compromiso de los Estados y de las instituciones regionales, de centros públicos y privados e instituciones académicas, para intervenir con decisión ---y eso significa, entre otras cosas, recursos--- a favor de la libertad de las personas, de la libre creación, del respeto a las diferencias culturales.

Termino con una breve reflexión, suscitada por una columna de un estimado escritor en el diario "El País" de España. Es un relato de Jorge Edwards, Premio Cervantes, sobre su experiencia en la Feria del Libro de Miami. Comienza de una forma que me sumió en un transitorio pesimismo:

"Al comienzo entiendo bastante poco del español de Miami. Tengo la impresión de que entiendo menos que en etapas anteriores, y no sé por qué razón. ¿Porque me he chileno más, porque mi oído se ha puesto más provinciano, más lugareño? En todo caso, en los detalles, por razones prácticas, prefiero pasarme al inglés. Una camarera me pregunta si quiero cerveza "de la botella". Como no tenía de barril, de presión, le contesto que sí, de la botella. Entonces me trae la botella y no me trae vaso. Es que mucha gente, me explica más tarde, prefiere beberla en esa forma, empujándola y tragándola desde el gollete. Gente que viene del Far West o del Middle West, de las películas de vaqueros."

Luego Edwards describe su auditorio:

"La Feria del Libro se realiza en una parte vieja de la ciudad, en salas universitarias y en galpones callejeros. El día domingo en la noche penan las ánimas. Me resigno a dirigirme a un auditorio vacío, pero de repente empieza a salir gente no se sabe de dónde y llena la sala. Hay una notoria mayoría de cubanos y de chilenos, pero no faltan los colombianos, los mexicanos, los peruanos y uno que otro brasileño. Tengo la intuición de que los rioplatenses brillan por su ausencia. Y los norteamericanos de habla inglesa, desde luego."

Y más adelante, nos cuenta algo de lo que dijo y las positivas reacciones de los presentes. Entonces me vuelve el alma al cuerpo, porque me doy cuenta que lo entendieron, que entendieron su español "chileno", a diferencia de lo que ocurrió a Jorge con el español que el llama "de Miami". El español no está del todo perdido: no tuvo que cambiar al inglés para hacerse comprender.

Concluyo entonces autocríticamente que no es tan grave que los chilenos hablemos comiéndonos las eses y sílabas completas, no es el habla o la dicción lo que más nos falla, sino la oreja. En el mundo de hoy hay que habituarla a escuchar a todas las latinidades.

Santiago de Chile, diciembre de 2006.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>).

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata.](#)